

sion de la verdad, alimento noble de su inteligencia, y camina con una fuerza invencible hacia el órden conservador de las criaturas. De ahí en él esa inclinacion que manifiesta hacia las creencias sublimes, por las doctrinas elevadas y rígidas, y por los dogmas mas espirituales : de ahí esa ansia insaciable de saber, esa sed inextinguible de la inmortalidad, ese instinto religioso, esa fe tanto mas ilustrada cuanto mas sencilla de todo y hacia todo lo bueno, hermoso, sublime, útil, y por consiguiente real y verdadero : de ahí ese asombroso dominio que ejerce sobre si mismo, sobre sus sentimientos, pasiones y hasta sobre sus pensamientos : ese desprecio de los placeres frívolos y fruiciones físicas y materiales : ese tedio insuperable de todo lo transitorio : esos impulsos hacia un bien inmutable é infinito que apremian su corazon aun cuando su entendimiento no le comprende : ese amor inmenso de la virtud, y esas angustias y vivos remordimientos, esa inquietud inexplicable cuando ha obrado mal, y se ha apartado de ella : esa tierna compasion de todas las miserias así físicas como morales, y esa disposicion constante á sacrificarse por sus prójimos, origen y raiz única de todo lo grande, tierno y amable que se encuentra en la vida humana.

Por los sentidos al contrario, inclinado hacia la tierra, sumergido, encenagado en los placeres sensuales, sin gusto alguno por los del espíritu, se asemeja al bruto, y aun se complace en esta semejanza. Su entendimiento se oscurece ; y no siendo esto tan pronto como él quisiera, trabaja y ¡oh cuánto! para ofuscarle y oscurecerle él tambien. No parece sino que la verdad es su suplicio ; tan vivo y tan profundo es el aborrecimiento, que su vista le inspira y excita en su corazon : persiguela incansablemente, la ataca é impugna con furor en los otros y en si mismo, en su entendimiento, en su voluntad, en su conciencia.

Pero ¡esfuerzos vanos! en el momento mismo en que ya se cree vencedor, cuando lleno de orgullo se aplaude de haber abatido, y logrado destruir esta verdad implacable, ella como una vision majestuosa, mas amenazadora y formidable que antes, vuelve á afligirle y contristarle de nuevo.

Pero si esclavo de los sentidos el hombre es enemigo de la verdad, y por consiguiente de las elevadas y sublimes doctrinas que emanan del cielo y le llaman á él, no lo es menos de las leyes eternas del órden, porque el órden en substancia no es mas que el conjunto de las verdades que resultan de la naturaleza de los seres y de sus relaciones ; verdades á que se les da el nombre de obligaciones y deberes, porque no son solo objeto del entendimiento, sino que deben influir tambien en la conducta que ellas arreglan, imponiendo la doble obligacion de abstenerse de ciertas acciones, y practicar las contrarias. Siendo pues conexas entre si las virtudes, y confundíndose en algun modo en su origen, el hombre está precisado á atacarlas todas, luego que el interés de las pasiones le arrastra á contrariar y trastornar una. Así es como por una conexion necesaria la corrupcion de las costumbres produce la corrupcion del entendimiento ; el desórden de las acciones arrastra al desórden de las ideas ó al error, y la depravacion del ser moral trae otra igual depravacion del ser inteligente. La inconsecuencia atormenta al corazon humano al tiempo mismo que ofende la razon ; y de ahí viene que muchas veces basta mudar de vida para creer las verdades que antes se negaban. Pero la verdad aun considerada en si misma, en abstracto, viene á ser infaliblemente un objeto de odio interín que la virtud práctica no sea objeto de amor ; y como el odio por su naturaleza es un principio de destruccion, así como el amor lo es de produccion y conservacion, el hombre embrutecido por los sentidos y abandonado á los

placeres del cuerpo, se hace naturalmente destructor: su alma se endurece y saborea con las ruinas y espectáculos sangrientos; contrae hábitos feroces; y por una observacion singularmente notable se ve que todos los pueblos impíos, ó, lo que es lo mismo, incrédulos, ó sin fe alguna, han sido voluptuosos, y todos los pueblos voluptuosos crueles. Considerad las naciones paganas, ¡qué olvido de la humanidad así en la paz como en la guerra, en las leyes y en las costumbres, en los templos y en el teatro, en el corazón de los amos, y aun en el de los mismos padres! pero al mismo tiempo ¡qué materialismo tan bajo en la Religión! ¡qué aversion á las doctrinas que se ordenan á elevar al hombre, y á espiritualizar su pensamiento! La culta y sabia Grecia condena á Sócrates á muerte porque anuncia la unidad de Dios; y esta misma Grecia, coronada de flores, degüella cantando víctimas humanas, y cubre su hermoso suelo de altares infames.

La servidumbre á los sentidos produce siempre una fuerte oposicion á las verdades morales é intelectuales, y aquí y no en otra parte se debe buscar la causa del encarnizado odio que han mostrado en todos tiempos contra el Cristianismo algunos pueblos y algunas personas: ese odio es el combate eterno, la lucha implacable de la carne contra el espíritu, la rebelion de los sentidos que la Religión quiere sojuzgar, contra la razon á quien ella liberta, ilustra, diviniza; porque sus preceptos y sus dogmas no son otra cosa que el conjunto y la manifestacion de todas las verdades útiles al hombre.

Cuando el Cristianismo se dejó ver sobre la tierra, el género humano, permitasen decirlo así, no vivía ya sino por los sentidos. El culto, reducido á una vana sombra, no estaba unido ni enlazado á creencia alguna: se conservaba por hábito, por razon de sus pompas y fiestas, y sobre todo porque era una de las instituciones del Estado. Por lo demás, la Religión en

si misma no inspiraba ni fe ni veneracion. Los sabios y los grandes la abandonaban con desprecio al populacho, que acaso menos corrompido que ellos queria que los vicios que adoraba bajo nombres supuestos, presentasen á lo menos en los emblemas que los representaban alguna cosa divina. Sin embargo, en realidad no habia mas religion que los deleites; y las sectas mas severas en sus principios, degenerando prontamente de su austeridad facticia, por un trastorno de ideas que se comunicó al lenguaje mismo, habian llegado á identificar la virtud con el placer.

Por estas sencillas observaciones se puede juzgar de la buena fe de los escritores que han pretendido que el Cristianismo se estableció naturalmente. En efecto, no tuvo que superar mas que los intereses, las pasiones y las opiniones. Armado de una cruz de madera viósele súbitamente adelantarse con paso firme y denodado en medio de los deleites que embriagan, y de las religiones relajadas de un mundo envejecido en la corrupcion: oponer á las fiestas brillantes del paganismo, á las graciosas y risueñas imágenes de una mitología encantadora, á la cómoda licencia de la moral filosófica, á toda la seduccion de las artes y de los placeres, la pompa del dolor, graves y lúgubres ceremonias, las lágrimas de la penitencia, amenazas terribles, tremendos misterios, el fausto espantoso de la pobreza, el saco y la ceniza, y todos los simbolos de un desapropio y de una renunciacion absoluta, y de una consternacion profunda; porque esto y nada mas es lo que el mundo pagano descubrió á primera vista en el Cristianismo. En el momento mismo las pasiones se lanzan furiosas contra el enemigo que se presenta á disputarles el imperio. Los pueblos á bandadas corren á ponerse bajo sus banderas: la avaricia conduce á ellas á los sacerdotes de los idolos, el orgullo á los sabios, la política

á los emperadores. Comiénzase una guerra espantosa: ni sexo, ni edad, nada se perdona; las plazas, las calles, los campos, hasta los lugares mas desiertos se llenan de instrumentos de muerte, de potros, hogueras y cadalsos; los juegos se mezclan á la matanza; de todas partes se corre á gozar de la vista de la agonía y muerte de los inocentes que se degüellan á millares; y ese grito bárbaro de *los Cristianos á las fieras* hace saltar de gozo á una multitud que se embriaga con sangre. Pero en estos espantosos holocaustos que se apresuran á ofrecer á sus divinidades moribundas, era necesario tambien que cada uno tuviese sus victimas escogidas; y una crueldad refinada inventa nuevos suplicios contra el pudor y la honestidad. Por fin, los verdugos cansados de matar se detienen, caéseles la hacha homicida de las manos; no sé qué virtud celestial emanada de la Cruz comienza á conmovellos á ellos mismos, y, á ejemplo de naciones enteras subyugadas antes que ellos, se arrojan sumisos, se prosternan á los piés del Cristianismo, que, levantándolos en sus brazos, en cambio de su arrepentimiento les promete la vida eterna, y ya les prodiga la esperanza. Su estandarte luminoso, signo sagrado de paz y de salud, tremola á lo lejos sobre las ruinas del paganismo desplomado. Los Césares envidiosos habian jurado su ruina; y hélo ahí sentado ya sobre el solio mismo de los Césares. ¿Y cómo ha vencido tanto poder? Presentando su pecho á las espadas, su cuello al cuchillo, á las cadenas sus manos desarmadas. ¿Cómo ha triunfado de tanto furor? Entregándose sin resistencia á sus perseguidores.

Si, los primeros ataques que debió sostener fueron los de una violencia ciega. Dios sin duda lo disponia así porque sabia que el valor y la constancia de los mártires eran mas á propósito que ningun otro espectáculo para asombrar y convencer á hombres dominados por los sentidos.

Por otra parte, el Cristianismo, apenas nacido, no habia podido disipar aun las nubes aglomeradas sobre el espíritu humano, ni familiarizarle con las profundas consideraciones de una metafísica exacta y de una teología toda espiritual. Su doctrina, demasiado elevada sobre las ideas habituales de los pueblos paganos, para que ellos pudiesen ni comprenderla en toda su extension, ni penetrar su profundidad, no podia aun ser materia de un exámen ilustrado, ni de una discusion rigurosa. Era necesario que el Cristianismo fuese poco á poco rectificando y engrandeciendo la razon del hombre para que esta misma razon se hallase en estado de combatir contra él sin deshonorarse demasiado por la inepeia de sus sofismas. Es cierto que Celso movió y agitó cuestiones de suma importancia; y en efecto, en los fragmentos que nos quedan de sus escritos, entre una multitud de opiniones absurdas y de pensamientos extravagantes, se encuentra el gérmen de las objeciones contra el fundamento de la fe, reproducidas hoy con mas artificio por Rousseau; pero la excesiva superioridad de este, las elevadas ideas que sobre Dios y su naturaleza, sobre nuestros deberes y nuestros destinos mezcla el autor del Emilio á sus errores (ideas desconocidas á los antiguos y puramente cristianas), muestran el inmenso espacio que el Cristianismo ha echo correr al espíritu humano en los siglos que separan á los primeros adversarios de nuestra doctrina del sofista de Ginebra. Dificultades y soluciones, luces y sombras, todo está previsto y ordenado con anticipacion con una sabiduria profunda; todo se desenvuelve progresivamente en la época precisa en que esta manifestacion era necesaria, y siempre para triunfo de la verdad, triunfo tanto mas glorioso cuanto menos pacífico.

A medida que la razon se perfecciona, y por medio de la meditacion de las verdades intelectuales que

la Religion enseña igualmente á los niños que á los hombres del mas vasto ingenio, extiende la esfera de sus conocimientos, ella hace causa comun con las pasiones, se declara su aliada, y ensayando sus fuerzas contra las verdades á que es deudora de aquellas, se disputa á sí misma el pan que le da la vida. Entonces nuevas verdades, que en breve serán tambien atacadas, acuden á la defensa de las que una razon hostil ha puesto en peligro. Cada dogma es ocasion de una herejía particular, porque es necesario que todos sufran el contraste y sean probados para que queden consolidados: las pruebas se multiplican con las objeciones, y el Cristianismo se desarrolla todo entero.

A la persecucion de los sofismas sucede la persecucion de los sentidos: la fe queda intacta, y sin embargo las costumbres se depravan. Aquellos cristianos tan austeros, seducidos por los deleites, se entregan á unos desórdenes, de los cuales hasta el nombre debiera serles eternamente desconocido. La licencia penetra hasta el Santuario; el altar y el sacrificio es profanado por manos indignas. ¡Ah! ¿qué será del Cristianismo? De pronto un principio vivificante excita en esta masa corrompida una fermentacion saludable; todo se muda, se renueva todo: apóstoles inflamados de un zelo divino hacen correr las lágrimas de la penitencia; el orden renace con la santa disciplina; por todas partes las decaidas y lánguidas virtudes se reaniman y florecen; prodigios de caridad, milágrós de amor asombran de nuevo á la tierra consolada: segunda vez el *Espiritu* triunfa de la *Carne*, y la Iglesia vuelve á encontrar á sus hijos.

Mas no nos lisonjeemos que esta paz sea duradera; solo unas treguas de descaecimiento interrumpen el combate del error contra la verdad, cuyo poder, aunque de una fuerza irresistible para el entendimiento, no se extiende hasta destruir por su propio peso la oposicion de una voluntad pervertida. Bajo el imperio

mismo de la evidencia el hombre es y queda libre, no para engañarse, sino para rebelarse y resistir, no de no ver, sino de negar lo que ve: libertad terrible, que puesta frecuentemente en uso, es para todo el que sabe pensar la prueba menos equívoca del vicio original de nuestra naturaleza, y al mismo tiempo la explicacion de las pruebas á que ha estado perpetuamente expuesta la Religion desde su principio. Agitada sin cesar por alguna borrasca, su destino como el del hombre, es el de no gozar jamás en la tierra de un perfecto descanso. El orgullo, la licencia, la avaricia, las pasiones todas coligadas en su daño, le suscitan incesantemente nuevas guerras, pero tambien le preparan nuevos triunfos. ¡Ó fuerza asombrosa de la sociedad cristiana! La herejía, ya deferente, ya atrevida, toma todas las formas, se cubre con mil máscaras, se vuelve y revuelve en todos sentidos para alterar sus dogmas; pero la Iglesia constantemente invariable en su doctrina, ve á las sectas rebeldes una en pos de otra espirar á sus piés: el espíritu de independenciam, la ambicion de dominar excita en su mismo seno divisiones, á que frecuentemente siguen cismas deplorables; luego á luego de sus entrañas despedazadas, pero siempre fecundas, salen en tropas nuevos hijos que la consuelan de los que ha perdido. Los principes envidiosos atentan contra sus derechos, y se esfuerzan á turbar su jerarquia divina: á pesar de sus ardidés y violencias, su gobierno afirmado por los golpes que se le dañ, subsiste inalterable, y se perpetua de siglo en siglo en medio de los trastornos y ruinas de los gobiernos humanos: semejante á aquellas antiguas é immobiles pirámides de Egipto, de las que el árabe vagabundo al levantar por la mañana la tienda que habia puesto á su abrigo por la tarde, quiere arrancar de paso algunas piedras, pero que bien presto fatigado de un trabajo infructuoso se entra y desaparece en desiertos no conocidos.

Mas ya el Cristianismo y el mundo moral van á ser combatidos por su base : se ha reconocido que la Iglesia y todos sus dogmas reposan sobre la autoridad como sobre una roca inmóvil é inalterable : al punto la multitud de los sectarios, divididos en todo lo demás, se unen para minar este fundamento de todas las verdades. La *reforma* es en el principio su grito de guerra ; luego será la *filosofía* : escuchadlos ; vienen á limpiar la tierra de los abusos que el tiempo y las pasiones han introducido, y á curar al espíritu humano de las preocupaciones que le oscurecen y degradan. Armados de este pretexto seductor multiplican sin término las *destrucciones* : la supremacía del Jefe de la Iglesia, el Episcopado, el orden de los Pastores, los Sacramentos, el culto y sus santas ceremonias, nada se libra de la temeridad de su zelo reformador. Mutilando á porfía la fe, y apresurándose en algun modo á librarse del tormento de creer como del de obedecer, proclaman rápidamente en sus símbolos efímeros é inconstantes la abolición de todos los dogmas religiosos y sociales. Bajo diversos nombres que indican las fases sucesivas de una misma doctrina, Luteros, Socinianos, Deístas, Ateos, prosiguen con una tenacidad incansable su plan de ataque contra la autoridad. Niegan los misterios del Cristianismo, niegan su moral, niegan á su Autor, « niegan á Dios, y se niegan á si mismos. En esto » viene á terminar la razon humana ¹ ».

Hasta aqui hemos pintado el delirio de sus opiniones ; pero su rabia desenfrenada ¿ quién la pintará ? ¿ quién contará sus esfuerzos impíos y negras maquinaciones ? ¿ Insensatos ! En vano atacan una Religion contra la cual no es dado al hombre prevalecer ; ella levanta su cabeza coronada de luz, mientras que ellos

¹ *Ensayo analítico sobre las leyes del Orden Social*, por M. de Bonald.

rodando de abismo en abismo, corriendo en su caída todos los grados del error, sin poderse detener en ninguno, agobiados bajo el peso vengador de las verdades que blasfeman, se precipitan y hunden en el abismo tenebroso de la indiferencia, donde el crimen estúpidamente tranquilo, se duerme en los brazos de la voluptuosidad sentada á los piés del horroroso idolo de la nada.

Tal es el lamentable fin en que viene necesariamente á parar toda esa filosofía sin regla, que, en vez de dejarse conducir por una guía superior, por la misma razon divina, se esfuerza á substituir á esta la razon humana, hace de ella la base de su fe, y acaba por negarlo todo, porque nada puede comprender, y nada quiere practicar. Uno de aquellos hombres singulares que descubren las cosas á largas distancias porque saben colocarse en una grande altura, Bossuet, observando que todos los dogmas habian sido sucesivamente atacados sin éxito alguno, predecia mas de un siglo ha lo que vemos cumplirse en nuestros días. Espíritus débiles, que palpando los efectos quereis aun desconocer la causa, oid las palabras proféticas del orador cristiano : « Yo preveo, » dice, que los libertinos, y los *espíritus fuertes* llegarán á verse desacreditados, no porque se conciba » horror de sus sentimientos, sino porque todo, » excepto los placeres y los negocios, vendrá á mirarse y á dar en la indiferencia. » ¿ Lo habeis oido ? Dad ahora una ojeada al rededor de vosotros, y responded. ¿ Qué veis por todas partes sino una indiferencia profunda sobre las obligaciones y creencias, junto con un amor desenfrenado á los placeres y un apego y sed insaciable del oro, por cuyo medio nada hay que no se pueda alcanzar ? Todo se compra, porque todo se vende ; la conciencia, el honor, la religion, opiniones, dignidades, poder, el respeto mismo, vasto y general naufragio de todas las verdades y de todas las virtudes.



La absoluta extincion del sentido moral hace que ni aun merezca atencion el error especulativo; se le desprecia por lo que es, lo mismo que la verdad; no se piensa, ni aun se hace caso de ello: y no pudiendo aniquilar el libro de la naturaleza que se despliega magnificamente á los ojos de todos, se borra con cuidado el nombre de Dios, y apresurándose á volver las hojas que recuerdan al Criador, se detiene únicamente la vista en las que nos instruyen de las propiedades de los cuerpos, y de los placeres que de ellas se pueden sacar.

Observad cuán inmenso camino ha sido necesario correr antes de llegar á los últimos excesos que acabo de pintar. La orgullosa razon, que no solo quiere conocer, sino aniquilar y crear segun su capricho y el interés de las pasiones, arrojada sucesivamente de todos los puestos que ocupaba, se refugia de ruina en ruina siempre perseguida por la verdad que la estrecha, y no la deja respirar. Repelida hasta los límites del mundo intelectual, no teniendo ya mas asilo que el ateismo, se precipita ciegamente en él para ocultar en las tinieblas la humillacion de su derrota. Pero allí comienza un nuevo suplicio: para asegurarse este asilo comprado á tanta costa le sería necesario destruir aun, y no le queda nada que destruir mas que á sí misma. En situacion tan desesperada ¿qué hará? ¿qué resolucion tomará? Tiembla, se horroriza, pero no duda; el orgullo la arrebató, y consume el sacrificio.

Desde entonces á la agifacion y á la ardorosa fiebre, tristes pero al fin seguros indicios de vida, suceden la calma y el silencio de la muerte. Ya no hay altercaciones, no hay disputas; parece que reina una perfecta paz; pero ¡ay! paz lúgubre, paz triste, paz mil veces mas destructora que la guerra que la ha precedido.

Desengañada la filosofia de sus propios desvarios, no atreviéndose á reproducir los sofismas tantas veces refutados, ni pudiendo inventar otros nuevos, porque

no hay ni puede haber mas que un cierto número de objeciones contra las mismas verdades, irritándose de su impotencia, la que se creia tan poderosa con su razon cesa enteramente de raciocinar. Ya no dice: escuchad mis pruebas; sino, no quiero oír, ni atender las vuestras. No habiendo podido, despues de innumerables tentativas, hacer la menor brecha al Cristianismo, lo declara indigno de sus ataques, y aun de su exámen. Llegada al fondo del abismo lo menosprecia, y demasiado instruida para arrostrar la evidencia que resultaria en breve de una discusion seria, á todo lo que se le puede decir, responde: ¿qué me importa? y sonriéndose con desden vuelve á otra parte la cabeza.

El ateismo, decia Leibnitz, será la última de las herejias; y en efecto, la indiferencia que le sigue, y camina en pos de él, ya no es una doctrina, porque los indiferentistas verdaderos ni niegan ni afirman nada; no es duda, porque esta, como estado de suspension entre dos probabilidades contrarias, supone un exámen previo; es si una ignorancia sistemática, un sueño voluntario del alma que apura su vigor en resistir á sus propios pensamientos, y luchar contra recuerdos importunos, un entorpecimiento universal de las facultades morales, una privacion absoluta de ideas acerca de las cosas que mas le importa al hombre conocer. ¡Tal es, á lo menos en cuanto el discurso puede representar; lo que nada ofrece que no sea vago, indeciso y negativo! ¡tal es el horrible y estéril monstruo que se llama indiferencia! Todas las teorías filosóficas, todas las doctrinas de impiedad vienen á confundirse y desaparecer en este sistema devorador, verdadero sepulcro de la inteligencia, al cual ella baja sola, desnuda, abandonada igualmente de la verdad y del error; sepulcro vacío, en donde ni aun huesos se perciben.

De esta fatal disposicion, hecha casi universal, ha

resultado bajo el nombre de *tolerancia* un nuevo género de persecucion y de pruebas, la última sin duda que debe sufrir el Cristianismo ¹. En vano una filosofía hipócrita hace resonar á lo lejos las palabras seductoras de moderacion, indulgencia, condescendencia mútua y de paz : la miel páfida de estas palabras disfraza muy mal la hiel amarga de los sentimientos que abriga en su corazon. Su odio inveterado contra todo principio religioso se descubre al través de esas fingidas demostraciones de benevolencia general y de dulzura. ¡Extraña moderacion en efecto, y mas extraña tolerancia! Hemos oido muchas veces decir que la prudencia aconseja tolerar por algun tiempo ciertos errores : pero tolerar la verdad, ¿qué otra cosa es sino una pretension insolente y sacrilega, una protestacion sediciosa contra la soberania que le pertenece en el mundo moral, una confesion implicita de la imposibilidad de destruirla? ¿Quién, antes de este siglo de *luces*, oyó jamás tolerar la inmortalidad del alma, la vida futura, el castigo del crimen, y las recompensas de la virtud. . . . tolerar á Dios? ¿Y á qué se reduce en realidad esta tolerancia? Contemplad el estado de la Religion : no se la proscriben, pero se la esclaviza : no se degüellan sus ministros, pero se les degrada y empobrece para encadenar el ministerio. El envilecimiento es el arma con que se le combate, se le menosprecia, se le prodigan ofensivos y afrentosos disfavores, y la injuria aun mas amarga de una proteccion insultante. Algunas monedas, que la avaricia del que las da, envidia á la miseria del que las recibe, honores irrisorios, trabas

¹ La que se nos predice para el fin de los tiempos, será en algun modo una guerra personal del *hombre de pecado* contra Dios; y el estado á que caminamos es una de las señales por donde se reconocerá esta última guerra anunciada por Jesucristo. ¿Creeis que cuando venga el Hijo del Hombre hallará todavía fe sobre la tierra? Luc. xviii, 8.

sin número, leyes opresoras, disgustos continuos y cadenas; hé aqui las liberalidades magnificas con que no se sacian de obsequiarla muchos de los gobiernos. Instruidos por una experiencia terrible, no se atreven á ensayar el pasarse enteramente sin ella; pero un sentimiento mas fuerte que la voz de la experiencia los lleva á demoler con una mano lo que edifican con la otra. El interés mismo, ese interés por lo comun tan poderoso, no tiene fuerza bastante para empeñarlos á disimular la aversion secreta que les inspiran las creencias que son su salvaguardia. La *alta politica* de nuestros días, convencida á su pesar de la necesidad de unir la tierra con el cielo, al hombre con su Criador, va á buscar en lo interior del Santuario al Soberano Ser que en él se adora, le cubre con unos harapos de púrpura, le pone un cetro de caña en la mano, una corona de espinas en la cabeza, y mostrándole al pueblo dice : *Hé aqui á Dios*.

En vista de esto, ¿nos admiraremos que la Religion asi humillada y deshonorada no encuentre mas que indiferencia? Despues de mas de mil y ochocientos años de combates y de triunfos el Cristianismo sufre al fin la misma suerte que su Fundador. Citado, por decirlo asi, á comparecer, no delante de un procónsul, sino ante todo el género humano, se le pregunta : *Rex es tu? ¿Eres tú Rey?* ¿Es cierto, como te acusan, que pretendes reinar sobre nosotros? *Tú lo has dicho*, responde : si, *yo soy Rey*, yo reino en los entendimientos ilustrándolos, en los corazones arreglando sus movimientos y aun sus deseos; reino sobre la sociedad por mis beneficios. El mundo yacia sepultado en las tinieblas del error; yo he venido á traerle la verdad: hé aqui mi titulo : *El que ama la verdad, oye mi voz, me escucha*. Pero ya esta palabra no tiene sentido alguno para una razon perversa; y es necesario explicársela. ¿*Qué es verdad?* pregunta el juez estúpido y distraido, y sin esperar la respuesta, *sale*, declara